

Cuando las cifras de muertos iban cayendo de las ondas como un zarpazo inmisericorde (cerca de 80 a las 11:50; 175 a las 14:40; 186 a las 16:20), se nos vino encima aquella imagen del humo y las llamas de las Torres Gemelas, y no pudimos evitar la presencia de una metáfora sombría: *Atocha, Zona Cero*. Una herida abierta, una estocada certera en la memoria colectiva por el costado más débil: bachilleres imberbes, obreros con tartera, mujeres inmigrantes empleadas en nuestros hogares, funcionarios del nivel 9. La Zona Cero es una oquedad sombría, un acantilado homicida que se abre brusca e inesperadamente debajo de nuestros pies. Por él se despeña con estrépito el pasado de un barrio, de una ciudad, de todo un país, dejando tras de sí una humareda densa que cubre de incertidumbre su futuro. De pronto la existencia se paraliza, como si todos los mecanismos que la animan hubieran quebrado al unísono; queda en suspenso, rodeada de espantos, taladrada de dolor, y estremecida por las sombras. Estamos solos, perdidos en medio de una vasta explanada carcomida por las ruinas: "De frente, ocupando las aceras, caminando por los bordillos, cruzando sin mirar la calle, avanzaba una muchedumbre perdida. '¿Dónde estamos?', preguntaban al empleado que barría una tienda. '¿Dónde estamos?', le decían al quiosquero de la esquina. '¿Dónde hay una boca de Metro?' (Arribas, 2004: 2). Todo se queda antiguo de repente, decía al día siguiente Juan José Millás. Hay que volver a empezar. Empezar desde el principio, y no precisamente con la euforia incontenible del primer día de la creación, sino con el ánimo arrasado después de la destrucción. Entre el amasijo de hierro de los trenes, una tras otra han quedado hechas añicos todas las metáforas de nuestra existencia: Sandra Iglesias ya no podrá estampar su firma para comprar un piso en Torrejón, Jorge Rodríguez no volverá a soñar con las filigranas de Zidane, Neil Astocóndor ya no volverá a disfrutar de sus atardeceres andinos, Eduardo Sanz, cocinero de cuartel, no verá nacer a su hijo, la metáfora de las metáforas.

El grupo máximo

Henri Tajfel, un admirable psicólogo social, vivió en propia carne la estampida pavorosa de las metáforas cuando de vuelta a París en mayo de 1945, tras su estancia en un campo de concentración, se percata de que "apenas había nadie vivo de la gente que yo conocía en 1939"; todos habían sido víctimas de la barbarie nazi. Aquella fue una experiencia central en su vida, como el 11-M lo ha sido en la nuestra. Ni pudo ni quiso echársela a la espalda; la miró cara a cara y la convirtió en una excusa para trazar los perfiles del que ha acabado siendo uno de los modelos teóricos más solventes en la explicación de la conducta social humana. Nosotros también lo vamos a hacer sirviéndonos para ello de su inestimable ayuda.

De entrada, como el de Tajfel, el nuestro es también un "...interés directo por las relaciones entre el funcionamiento psicológico humano y los procesos y acontecimientos sociales a gran escala que moldean este funcionamiento y son moldeados por él". No es un interés caprichoso; con su ayuda queremos cobrarnos una pieza teórica de primer orden: superar ese individualismo miope que nos tiene presos de la obstinada y acomodaticia tendencia a dar explicaciones estrictamente psicológico-individuales de los conflictos políticos, de la injusticia social, de la explotación económica, de la represión política, de la guerra, etc. En el fondo de los problemas

sociales, y no cabe duda de que el terrorismo lo es de manera prioritaria, no existen ni sólo, ni primordial, ni siempre, ni necesariamente problemas psicológicos. El hecho irrefutable de que las mochilas asesinas fueran colocadas en los trenes de la muerte por personas de carne y hueso, no nos da, de entrada, ni pauta ni derecho alguno para pensar que necesariamente lo hicieron en *tanto que* individuos *contra* otros individuos descartando la posibilidad de que hubieran actuado *como miembros* de una determinada categoría social *contra miembros* de otra categoría social distinta. "Yo no creo, dice Tajfel, que las *explicaciones* de los conflictos y de la injusticia sociales sean primaria y principalmente psicológicas" (Tajfel, 1984: 24). Nosotros tampoco, por mucho que dichas explicaciones traten de salvaguardar nuestra esmerada figura bajo el manido argumento de que "nosotros" no somos como "ellos".

Dos caras de una misma moneda que confluyen en una obviedad sobre la que hoy más que nunca es necesario volver: recuperemos el contexto. "Ningún hombre es una isla", dice una pancarta apoyada todavía en una pared de la estación de Atocha. Bien seguros estamos de que Tajfel hubiera ido con mucho detrás de ella en la manifestación del 12 de marzo. Fue él quien dejó escrito: "[la afirmación] 'ningún grupo es una isla' no es menos verdad que la afirmación 'ningún hombre es una isla'" (Tajfel, 1984: 295), porque la realidad de la persona y la del grupo solo existe y adquiere sentido dentro de un marco comparativo que se hace más imprescindible si cabe cuando hablamos de asuntos como la violencia política, el terrorismo o la guerra. Estos acontecimientos piden un marco que se sitúe más allá de las personas tomadas en su acepción más pura. A todos estos hechos se les quedan cortos los márgenes puramente individuales, las explicaciones situadas en los pliegues recónditos de algunas mentes desvariadas, la cantinela mecanicista de que, en los terrenos del comportamiento, no hay nada que se nos pueda escapar si tomamos en consideración los rasgos y las características de las personas. Es posible que la monstruosidad del Holocausto cupiera dentro de la cabeza emponzoñada de algunos individuos,¹ pero su estudiada ejecución sólo pudo ser llevada a término dentro de un contexto en el que resultó posible, y parece que no excesivamente complicado, contar con la colaboración y ayuda de miles de personas, entre las que no faltaron intelectuales de renombre, obreros que cumplieron con nobleza y lealtad su deber, y sesudos catedráticos de universidad. Y así, poco a poco, empezó a hacerse pensable lo impensable, siguió por hacerse posible lo increíble, y terminó haciéndose normal lo insólito.

A Henri Tajfel le hubiera encantado la estudiada biografía que el historiador británico Ian Kershaw le ha dedicado al personaje más siniestro de aquella historia. En la Viena que acogió a un ocioso y desarrapado "alborotador de cervecería" llamado Adolf Hitler, el antisemitismo y el pangermanismo eran valores claramente en alza; de hecho, apostilla Kershaw, Viena era "una de las ciudades más virulentamente antijudía de Europa", y "la supremacía de la nación

¹ Sin duda cupo en la cabeza de aquellas quince personas que el 20 de enero de 1942 se reunieron en una "espléndida residencia berlinesa a orillas del lago Wannsee" invitados por Reinhard Heydrich, Jefe de la Gestapo. El historiador Mark Roseman lo cuenta, con todo lujo de detalles, en su obra "La villa, el lago, la reunión" (Barcelona: RBA Editores, 2002).

sobre el individuo, la insistencia en el orden y en la autoridad, la oposición al internacionalismo [la idea de un socialismo germánico en contraposición a un socialismo internacional] y a la igualdad, se convirtieron en rasgos cada vez más acusados del sentimiento nacional alemán". He aquí el contexto en uno de sus componentes más resolutorio: la ideología; y he aquí también un hecho inquietante: el estrecho paralelismo entre las antiguas y las nuevas formas de fanatismo fundamentalista: sumisión de los individuos a entidades de orden superior, rechazo de la democracia como forma de gobierno, tolerancia cero respecto a la diversidad y a la multiculturalidad, persecución del disenso, defensa y mantenimiento de una estructura que justifica la violencia, que entiende la desigualdad, y que considera irreprochable arrinconar determinados derechos individuales para conseguir un bien de orden superior, un bien supremo. A veces da la impresión de que damos pasos de gigante hacia el túnel del tiempo.

Una apuesta contundente: hay algo más allá de la piel de las personas, esa piel tan nuestra de nosotros mismos, capaz de ofrecernos alguna clave para seguir manteniendo el aserto de que los problemas sociales no tienen un origen psicológico. No es una apuesta caprichosa, sino la consecuencia de una tradición teórica avalada con datos concluyentes acumulados a lo largo de los últimos cien años, que ha tenido como protagonistas a maestros de primera fila que han dibujado perfiles estremecedores del comportamiento humano. Cualquiera de ellos² nos podría ser de utilidad para ubicarnos en la maraña desolada de nuestra particular Zona Cero, pero hay algunos que lo hacen de manera especial.

En el que se ha dado en llamar "Experimento de la Prisión de Stanford", un grupo de investigadores dirigidos por Philip Zimbardo traza una metáfora de reminiscencias calderonianas (*venid, mortales, venid a adornaros cada uno para que representéis en el teatro del mundo*) que muestra con inquietud lo que es capaz de hacer con personas "emocionalmente estables, físicamente sanos y respetuosos con la ley" una situación que sea capaz de trazar unas relaciones rígidas, frías y funcionales entre ellas derivadas de los papeles que tienen encomendados. La persona como ejecutor de una tarea, como intérprete de un papel que está escrito desde la noche de los tiempos, como jugador de un rol detrás del cual puede esconder sus acciones más sublimes o sus fechorías más abyectas sin perder el humor ni la compostura.

Imagínate que has dado tu consentimiento para participar en uno de los numerosos experimentos que se llevan a cabo en tu universidad. Los investigadores del Departamento de Psicología han tomado cumplida nota de tu nombre y dirección, y una buena mañana del mes de agosto la policía irrumpe en tu casa; te cachea, te esposa, te introduce bruscamente en un coche patrulla, y te conduce a una comisaría. Sales de allí, con los ojos vendados, para ser conducido a una prisión donde te esperan unos tipos mal encarados, pulcramente uniformados, con sus gafas reflectantes bien caladas, sus porras relucientes, sus llaves y esposas colgando bulliciosamente de la pretina del pantalón. Te cachean, te desnudan, te desinfectan, te dan un uniforme, una toalla, una pastilla de jabón, y te asignan un catre en una habitación compartida con otros dos presos. Se sube el telón, y empieza el espectáculo.

² Una amplia descripción de esta tradición investigadora la encontrará el lector en el capítulo "Seis metáforas sobre el grupo" en Blanco, A., Caballero, A., y de la Corte, L. *Psicología de los grupos*. Madrid: Prentice-Hall, 2004.

Lo que pretendíamos, dice Zimbardo, era "fomentar el anonimato por medio de una variedad de procedimientos tendentes a minimizar las características personales de los prisioneros y su anterior identidad" (Zimbardo, et. al., 1986: 98); la de los prisioneros y la de los guardianes, todos ellos estudiantes de los primeros años de Psicología. Minimización de las características individuales y anonimato: esos son los dos ingredientes del proceso de desindividuación, de un proceso en el que los sujetos acaban por sumergirse de la cabeza a los pies dentro de un grupo, por esconderse detrás de una máscara, y por alinearse milimétricamente con un rol que, como todos, está definido en relación de interdependencia y complementariedad con otros. Cuando la realidad se define en estos términos, las cosas corren el riesgo de deslizarse por una pendiente mucho más circunscrita a los requerimientos de la situación y al escrupuloso cumplimiento de las tareas derivadas del guión que a los rasgos que nos diferencian y nos distinguen unos de otros, de esos rasgos que alimentan nuestra ansiada singularidad psicológica.

La experiencia de la prisión de Stanford no deja de ser un entretenimiento en el que los acontecimientos corrieron con tal vértigo hacia el abismo que obligaron a suspenderla mucho antes de lo previsto. Zimbardo hace una lectura preocupante y no exenta de convicción: hay determinadas cosas con las que es mejor no jugar porque son capaces de producir una metamorfosis letal en el individuo; procesos que convierten a personas normales en agentes de destrucción: "El valor social de este estudio deriva precisamente del hecho de que jóvenes normales, sanos y con alto grado de educación formal pudieran ser transformados radicalmente bajo las presiones institucionales del entorno de una prisión" (Zimbardo, et. al., 1986: 104). Una conclusión inquietante que nos invita a ampliar la extensión de nuestras preocupaciones. Recientemente, el propio autor ha desvelado un dato que había mantenido cuidadosamente en secreto: de pronto, dice, me vi envuelto de lleno en el rol de Superintendente. Empezaba a andar, a hablar y actuar como una figura de autoridad mucho más preocupada por la seguridad de la prisión que por el bienestar de aquellos estudiantes que habían confiado en mí como investigador. Entonces, dice, fui consciente del colosal poder de la situación (Zimbardo, 2004).

Junto a las inevitables preguntas sobre el material corrosivo de que está compuesta la mente de los terroristas, que tan fácil y consoladora respuesta tienen, conviene arriesgarse un poco más. Por ejemplo: ¿qué condiciones son las que han convertido al fundamentalismo religioso en una fuente de terror?, ¿de dónde le viene su poder fatal de atracción sobre millones de jóvenes?, ¿qué secretos guarda en su interior para encender mechas asesinas, para convertir a personas normales en agentes de destrucción?, ¿qué personas forman este ejército dormido dispuesto a entrar en combate con esa vesania criminal? "¿Cómo llega un joven magrebí o un árabe del Mchrek, cuyo país no está ocupado ni cuya gente está humillada constantemente, a cometer este tipo de acción?" (Lmrabet, 2004: 8), se pregunta mirando estupefacto al 11-M, Ali Lmrabet, un periodista marroquí.

Para responder a estos interrogantes parece necesario sacar la cabeza de los interiores de la mente humana y dirigir la mirada hacia su alrededor, por si acaso fuera verdad, que tiene toda la pinta, aquel recio supuesto que formulara el gran Lev Vygotski en términos

solemnes de ley³, y que aplicado a la violencia política vendría a aconsejar analizar sus manifestaciones de afuera hacia dentro, y no al revés. Zimbardo lo formula de manera cruda y categórica: cuando ocurren cosas como las que sucedieron en la simulada prisión hay que prescindir del sujeto y centrarse definitivamente en las características de la situación. Así lo declara sin tapujos con la ayuda de un argumento que gana enteros día a día frente a acontecimientos tan siniestros como los del 11-M:

"Desgraciadamente, la insistencia de los psiquiatras tradicionales, los psicoanalistas y los psicólogos de la personalidad en que la conducta desviada o patológica es un producto de los débiles, de rasgos latentes y de toda una cohorte de disposiciones internas supuestas ha hecho un flaco servicio a la humanidad. Los que ocupan posiciones de poder han recibido de esta forma un arsenal de etiquetas para aplicar a los que carecen de poder, a los pobres, a los disidentes, a los inconformistas, a los revolucionarios, etc., permitiéndoles mantener el estatus quo convirtiendo a las personas en *problema* en lugar de las injusticias en la situación vital económico/socio/política. Además, este análisis disposicional se convierte en un arma en manos de legisladores reaccionarios y de las agencias encargadas de sancionar las leyes, ya que entonces las personas que son consideradas como problema pasan a ser tratadas por una de las instituciones ya existentes mientras que las situaciones problema son ignoradas o despreciadas como irrelevantes o demasiado complejas para cambiar fácilmente" (Zimbardo, et. al., 1986: 104-105).

La postura de este eminente profesor de la Universidad de Stanford tiene la particularidad de no dejar indiferente a nadie. La conclusión que extrae de su famoso experimento es una carga de profundidad contra posiciones teóricas que, al depositar todo el peso de la prueba sobre el individuo, liquidan el contexto a precio de saldo, y dejan al sujeto flotando angelicalmente en medio de sus sueños espumosos, o atrapado en el desvarío de sus sombras, mientras dan por buenas o, en el mejor de los casos, ajenas al devenir psicológico y a sus manifestaciones comportamentales, estructuras sociales jalonadas de injusticias y pobladas de fanatismos irredentos, modelos de relación social aupados en un intolerable juego de poder y sumisión, creencias que sancionan la desigualdad y la discriminación, al tiempo que añoran la intolerancia con el disenso y bendicen esquemas de funcionamiento económico en los que está legalmente sancionada la explotación. Más allá de sus implacables consideraciones sociopolíticas, las palabras de Zimbardo estarían muy lejos de ser compatibles con la idea de que los acontecimientos del 11-M puedan quedar resueltos con un contundente diagnóstico de insania psicológica individual.

Jacques Chirac y Gerard Schröder no han necesitado del experimento de la prisión de Stanford ni de las múltiples reflexiones

³ Es la "ley genética del desarrollo cultural" que aplicada al desarrollo de las funciones psíquicas superiores reza textualmente: "cualquier función en el desarrollo psicológico del niño aparece en escena dos veces, en dos planos: primero como algo social, después como algo psicológico; primero entre la gente, como una categoría intersíquica, después dentro del sujeto, como una categoría intrapsíquica" (Vygotski, L. *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. La Habana: Editorial Científico-Técnica, 1987: 161).

en torno al proceso de desindividuación para percatarse de que algo se cuece más allá de las personas que en un determinado momento materializan el horror. Luchar contra el terrorismo implica ocuparse de la "miseria y la frustración de los pueblos", decían en una cumbre bilateral a los pocos días del atentado, una apreciación que no deja de pertenecer al ámbito del sentido común, pero con la que a buen seguro no estarán de acuerdo ninguno de los tres mandatarios que protagonizaron la foto de las Azores. Ya lo ha dicho alguno de sus acólitos en una enfática declaración rayana en la irresponsabilidad política: "No hay mayor error que intentar explicar el fenómeno terrorista; si no entendemos eso y empezamos a buscar explicaciones políticas a los actos terroristas, me parece que vamos por muy mal camino", dijo el actual líder de la oposición española ("El País", 8/04/, p. 18). Y se quedó tan ancho.

No estaría demás que unos y otros echaran una ojeada pormenorizada a los capítulos 1 y 10 del libro que en 1974 publicara Stanley Milgram. En él cuenta con todo detalle sus 18 experimentos sobre la obediencia a la autoridad, un asunto que, en mayor o menor medida, forma parte de la vida cotidiana de ese hombre de la calle que somos todos. En algunos contextos, la obediencia no solo participa, sino que vertebra el orden social. Lo hace a veces de manera vertical, jerárquica, rígida, inapelable: arriba, las verdades absolutas con rostro de varón blandidas por exegetas iluminados, unas veces barbudos y otras barbilampiños, que arremeten sin piedad contra toda manifestación o sospecha de heterodoxia. Abajo, en actitud sumisa y mansa, el resto de los mortales, especialmente mujeres y niños. En los capítulos mencionados encontrarán algunas reflexiones interesantes, como aquella que sostiene que "la obediencia es el mecanismo psicológico que hace de eslabón entre la acción del individuo y el fin político" (Milgram, 1980: 15), y podrán darle vueltas una y otra vez a las conclusiones de Milgram: se piensa, dice, que las personas que asestaban los 450 voltios a una víctima inocente cada vez que esta cometía un error en una tarea de repetición de pares asociados de palabras que previamente tenía que haber aprendido, eran tipos extremadamente violentos, auténticos monstruos con una indisimulada vena sádica en su interior. No es así; "es posible que sea esta la lección más fundamental de nuestro estudio: las personas más corrientes, por el mero hecho de realizar las tareas que les son encomendadas, y sin hostilidad particular alguna de su parte, pueden convertirse en agentes de un proceso terriblemente destructivo" (Milgram, 1980: 19)⁴.

En una palabra, esa "virtud" que ha arrastrado a la humanidad a una catástrofe tras otra, tiene algunas peculiaridades que casan como

⁴ En el Epílogo, el autor hace una confesión que creemos necesario recuperar: "Siempre me ha asombrado el hecho de que, cuando voy a dar conferencias sobre los experimentos de la obediencia en diversas Universidades a todo lo largo de nuestra nación, me he encontrado con jóvenes que se mostraban estupefactos ante el comportamiento de los sujetos de mi experimento, y proclamaban que jamás se habían de conducir de semejante manera, y que sin embargo, en cuestión de meses, eran llamados a filas y realizaban sin remordimiento algunas acciones que dejarían pálida la administración de descargas a la víctima. En este sentido no son ni mejores ni peores que los seres humanos de cualquier época, que se prestaban a sí mismos para los propósitos de la autoridad, y se convertían en instrumentos de sus procesos destructores" (Milgram, 1980: 167).

anillo al dedo en nuestra particular Zona Cero: a) las personas ejecutan sus tareas como un acto administrativo más que moral; b) los individuos establecen una clara distinción entre destruir a otros como cumplimiento de un deber y hacerlo como fruto de sus sentimientos personales; c) la lealtad, el deber y la disciplina que los actores experimentan como imperativos morales no son otra cosa que exigencias técnicas para el mantenimiento de un sistema; d) hay una edulcoración del lenguaje a fin de que las acciones destructivas no colisionen con preceptos morales que nos han inculcado desde la más tierna infancia; e) las acciones se justifican siempre con intenciones constructivas, y llegan a ser consideradas como algo noble a la luz de algún objetivo ideológico; f) cuando permanece intacta la relación autoridad-obediencia, se hacen necesarios ajustes psicológicos para poder enfrentarse a la tensión provocada por la ejecución de órdenes a todas luces inmorales; g) la obediencia llevada a estos términos forma parte de una atmósfera más amplia en la que lo más frecuente no son psicópatas que “.. exploten sin piedad una posición de poder, sino funcionarios a quienes se les encomienda una tarea.. y que se esfuerzan por ofrecer una impresión de competencia en su trabajo” (Milgram, 1980: 173-174). Desindividuación y obediencia serían dos marcos teóricos para poder entender el 11-M; dos marcos que han transitado a lo largo de la Psicología social con una solidez y una dignidad incuestionables⁵. Tan cierto es que uno y otro se concretan en comportamientos de personas de carne y hueso, como que ambos quedan suspendidos en un vacío inconcluso sin un referente externo que les dé sentido. La obediencia lo encuentra en la autoridad; la desindividuación en el rol. Estatus y rol, dos componentes de cualquier estructura social, por mucho que a veces la autoridad no pueda desligarse de la persona.

Si interesantes parecen los experimentos de Milgram, no menos resulta el estudio que emprenden Herbert Kelman y Lee Hamilton sobre la matanza de Mai Lai en una obra cuyo título, “Crímenes debidos a la obediencia”, cada día nos resulta menos estremecedor. Las “masacres autorizadas” contra personas indefensas e inocentes, que han venido jalonando la historia de la humanidad (la del 11-M es ya una de ellas) “no pueden ser adecuadamente explicadas acudiendo a poderosas fuerzas psicológicas que encuentran su expresión en actos violentos libres de restricciones morales... Más que a los motivos de la violencia, puede ser sensato prestar atención a las condiciones bajo las que se da un debilitamiento de las inhibiciones morales que la impiden” (Kelman y Hamilton, 1989: 15), y una ceguera respecto a las consecuencias destructoras que de ella se derivan. Apenas cabe duda de que la autoridad es una de esas condiciones, pero a pesar de la fuerza con que se nos hace

⁵ El “Journal of Social Issues” dedicó en 1995 un número monográfico al paradigma de la obediencia en el que se hace un repaso al legado de Milgram: “Perspectives on Obedience to Authority: The Legacy of the Milgram Experiments” (JSI, 1995, Vol. 52, Nº 3). Sobre la desindividuación invitamos al lector interesado a consultar a Zimbardo, P. The human choice: Individuation, reason and order versus deindividuation, impulse and chaos. En W. Arnold, y D. Levine (Eds.), *Nebraska Symposium on Motivation*. Lincoln, NE.: University of Nebraska Press; Diener, E. Deindividuation: The absence of self-awareness and self-regulation in group members. EN B.P. Paulus (Ed.), *The psychology of group influence*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum; Zimbardo, P. Situaciones sociales: su poder de transformación. *Revista de Psicología Social*, 1997, 12, 99-112.

presente, es posible que no sea la única, y hasta cabe la posibilidad de que no sea la más importante. Las conclusiones del propio Milgram parecen abrir las puertas a otras consideraciones, que Kelman y Hamilton intentan concretar. Junto a la obediencia caben, al menos, otros dos ingredientes: un marco de acción reglado, mecánico y rutinario, y la deshumanización. No se trata de establecer una relación de causa y efecto entre ambos, pero tampoco hay que descartarla. Ni se afirma ni se desmiente; sencillamente se procede a definir y distribuir cuidadosamente tareas que aparentemente nada tienen que ver entre sí y a encomendarlas a personas obedientes y sumisas capaces de llevarlas a cabo con ilusión, o a profesionales cualificados que lo hagan con eficacia. Lo que verdaderamente importa es que unos y otros cumplan con su deber *sine ira et studio*, dice Weber; de manera meticulosa y pulcra, con una “impersonalidad formalista” que reserve para el ámbito de la estricta intimidad personal la espontaneidad de las emociones, el mareo de los valores, la indiscreción sobre la utilidad y el uso que tienen nuestras acciones. Puestas así las cosas, cualquier día al despertar nos damos cuenta de que hay una implacable maquinaria de humillación y muerte puesta en marcha y nosotros estamos dentro de ella.

Una nueva clave que puede resultar útil en el contexto globalizador del terrorismo en el que se instala el 11-M: las personas acostumbramos a vincularnos y orientarnos en el seno de los procesos políticos de tres maneras: intentando cumplir las normas y las leyes, ayudándonos de los roles, y dejándonos orientar por los valores. Se trata, dicen Kelman y Hamilton, de tres tipos ideales de relación entre la ciudadanía y la autoridad política; “tres componentes del sistema político a través de los cuales los ciudadanos pueden vincularse e integrarse dentro de él” (Kelman y Hamilton, 1989: 268). Aunque los autores no hacen mención de ello, y aún a riesgo de simplificar en exceso su propuesta, detrás de cada uno cabe adivinar respectivamente la presencia de la obediencia, la desindividuación, y la ideología. Y es necesario, además, que seamos conscientes, eso sí lo explicitan los autores, de que no se trata de procesos excluyentes. Así lo creemos al ver los ejemplos que mencionan, y así lo pensamos en el caso del 11-M.

Una primera línea de influencia quedaría dibujada con trazos de ley, obediencia y autoridad. Se trataría de un proceso presidido por la misión, inducido exclusivamente por las consecuencias derivadas de la ejecución o no de la conducta en cuestión, preocupado por asegurar el imperio de la ley, temeroso del desorden, y protagonizado por sujetos carentes de independencia, faltos de confianza en sí mismos, o situados dentro de una posición de dependencia que, por razones diversas (unas veces por miedo, otras por presión, en otros casos por una imperiosa búsqueda de seguridad), les obliga a aceptar sin rechistar el orden establecido.

La segunda estaría presidida por el rol, la rutina burocrática, y la desindividuación: la concepción de una tarea criminal llevada a cabo por una persona normal como un mero acto administrativo, acaba de decirnos Milgram. Su resultado final es una estructura cosida con los hilos del sentimiento del deber y de la obligación, la lealtad a un grupo o a su líder, el compromiso con una tarea, y la colaboración entusiasmada en una determinada misión. Hemos dado un paso: el que va del miedo al castigo al preciso, rápido, discreto, impecable, planificado y eficaz cumplimiento del deber. Esta retahíla de adjetivos no tiene un prurito literario, sino que responde a los rasgos que Max Weber le atribuye a la racionalidad instrumental; ni mucho menos lo son en vano, porque sobre sus cimientos se ha acabado

por edificar una de las hipótesis más sólidas en torno al Holocausto: la Solución Final fue producto de la cultura burocrática. Así de contundente y taxativo se muestra Zygmunt Bauman: buscar la máxima eficiencia en la ejecución de la tarea sin preguntarnos para qué sirve, por el uso que se le va a dar, por el resultado final que de ella se va a derivar; buscar la máxima eficacia técnica relegando el mundo de los valores al ámbito de la subjetividad, al contexto de nuestra intimidad. Enzo Traverso se muestra entusiasmado con esta hipótesis; con el entusiasmo que le proporciona la metáfora del sujeto subsumido, fagocitado y desaparecido bajo las fauces de una ingente maquinaria burocrática que tan magistralmente dibuja Kafka, y las pesimistas reflexiones de Walter Benjamín sobre el carácter destructor de la tecnología.

En el caso del 11-M no faltó preparación, ni planificación, ni división metódica de tareas. Al día siguiente, fuentes de la lucha antiterrorista consideraban que el atentado tenía que haber sido planificado durante al menos un mes por un grupo de entre 12 y 30 personas. Apenas diez días después, el número de detenidos rondaba ya esas cifras. En esa casucha semi abandonada cerca de Chinchón se procedió al cuidadoso diseño del horror: se prepararon las mochilas asesinas, se estudiaron cada uno de los trayectos de los trenes, se analizaron los horarios de mayor afluencia de pasajeros, se cronometraron los tiempos, se ensayaron las subidas y las bajadas de los cuatro trenes, y se decidió el momento preciso de las explosiones: durante las paradas en las estaciones a fin de causar un mayor impacto.

La tercera línea de influencia está presidida por la internalización, la humanización/deshumanización, y la ideología, y dibuja un panorama en el que las personas asumen un sistema de valores, se dotan de manera convencida de unas creencias, y rigen su conducta por principios morales. El resultado es una estructura muy vinculada al sustrato cognoscitivo y socio-emocional del sujeto, mucho más al segundo que al primero, a la satisfacción de sus necesidades de identidad, autoestima, consideración, respeto, etc., todas esas cosas que acostumbra a satisfacer los grupos primarios. Es aquí donde echa sus raíces el patriotismo ("la menos perspicaz de las pasiones", decía Borges), y erigen su emocionalidad más tortuosa y rancia los nacionalismos de todos los colores. Junto a un acendrado individualismo, vivimos en una época de culturas e identidades colectivas que sitúan el comportamiento de millones de seres humanos decididamente cerca de parámetros de pertenencia grupal de tono étnico, nacional, cultural o religioso. Ya lo había advertido hace algunos años Manuel Castells: en una parte nada despreciable de nuestro mundo globalizado la identidad ha caído presa de diferentes tipos de fundamentalismo; de entre ellos, "el fundamentalismo religioso, cristiano, islámico, judío, hindú e incluso budista (en lo que parece ser un contrasentido), es probablemente la fuerza más formidable de seguridad personal y movilización colectiva... la búsqueda de la identidad, colectiva o individual, atribuida o construida, se convierte en la fuente fundamental de significado social" (Castells, 1997: 29). La inmersión del sujeto dentro del grupo, la identificación sin reservas con sus metas y objetivos, la insondable satisfacción y orgullo que infiltra a una autoestima a veces dolorida, y el granítico sentimiento de seguridad que nos proporciona, constituyen la base para hacer de él nuestra verdadera, irrenunciable y única razón de ser. El anverso de esta moneda puede adquirir tintes dramáticos: cada persona cuya razón de ser y estar en este mundo queda definida en estos términos, corre el riesgo de convertirse en un misil destructor lleno de ideas

fanáticas o de metralla asesina. O de una y otra a la vez, como ocurre con los terroristas del 11-M: meticuloso adoctrinamiento en la mezquita de Al Oods, de Tánger, dirección espiritual a cargo de Imdad Eddin Bakarar, y entrenamiento sin concesiones en el uso y manejo de explosivos. Una formación integral puesta al servicio del terror.

Sea como fuere, no parece que la acción llevada a cabo por el comando islámico tuviera nada que ver con nosotros "en concreto"; en modo alguno se trató de una "conducta interpersonal", sino de una acción situada en el extremo intergrupar, "aquel en el cual *toda* la conducta mutua de dos o más individuos está determinada por su pertenencia a diferentes grupos o categorías sociales" (Tajfel, 1984: 275). No son muchas las dudas que cabe albergar al respecto. Para Jamal Zougam y sus compinches, nosotros carecemos de rostro, carecemos de perfil, no tenemos cara; no somos, simplemente existimos como objetos, estamos en este mundo para hacer bulto, para engrosar las estadísticas. Para los terroristas nosotros somos "ellos", una masa evanescente e informe de individuos a los que se define, de manera casi exclusiva, por su inclusión dentro de una categoría a la que se atribuyen rasgos que convierten automáticamente a las personas pertenecientes a ella primero en "extraños", y después en "enemigos". Somos entes "despersonalizados"⁶, seres diluidos en categorías preñadas de estereotipos inflexibles ("españoles" para unos; "cruzados" para otros) que soportan sin inmutarse las más duras pruebas en su contra. Así somos los unos para los otros; así somos "nosotros" para "ellos". "Me da pena, escribe Ray Loriga en un magistral artículo, ver las pancartas en las manifestaciones y los gritos dirigidos a unos asesinos que no escuchan, que no pueden escuchar, de la misma manera que entraron y salieron de esos trenes sin ver a nadie. Sin darse cuenta de nada" (Loriga, 2004: 11). Los terroristas no escuchan, no ven, no oyen. No *nos* escuchan, no *nos* ven, no *nos* oyen. Y no es que tengan la cuenca vacía de los ojos, sino que están cegados por la obediencia, persiguen como sabuesos el cumplimiento del deber, están marcados a sangre y fuego por unos valores y unas normas que dan por buena y por legítima la muerte del enemigo, están acorralados por una estructura piramidal de la que emanan órdenes que son verdades absolutas con vocación de eternidad, sienten su vida marcada por una "misión", tienen una inquebrantable lealtad a un líder. Una mezcla explosiva, un cóctel mortal que cuando se agita convenientemente es capaz de arrastrar una incontenible carga de dolor y sufrimiento con una tranquilidad de ánimo digna de un psicópata retorcido.

Hace tiempo que sabemos que el favoritismo endogrupal, la discriminación ciega y gratuita a favor de los nuestros y en contra de los otros son reacciones prácticamente espontáneas en la dinámica de las relaciones intergrupales. Lo sabemos desde los años setenta, cuando el grupo de Bristol, capitaneado por Tajfel, pusiera sobre el tapete datos que avalaban un hecho hacía tiempo intuido: el desencadenamiento de una conducta discriminatoria respecto a personas que no pertenecen a nuestro grupo se produce bajo

⁶ "La despersonalización, escribe John Turner, el más cualificado colaborador de Henri Tajfel en Bristol, se refiere al proceso de estereotipación del yo mediante el que las personas se perciben a sí mismas más como ejemplares intercambiables de una categoría social que como personalidades únicas definidas por sus diferencias individuales" (Turner, J. *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata, 1990: 83).

condiciones mínimas: basta que sepamos que alguien a quien no conocemos, con quien no hemos interactuado, y con quien no sabemos qué intereses compartimos, muestra, por ejemplo, los mismos gustos estéticos que nosotros (esa era la condición que se manejó en las investigaciones). Bajo estas minúsculas condiciones emerge una "norma de la grupalidad", el grupo se erige como marco primordial de nuestro quehacer. En el 11-M la grupalidad emerge en su máxima expresión, y con su más sombrío esplendor: las coincidencias van más allá de lo meramente estético (si te gusta Klee o Kandinsky), los simples intereses comunes se han convertido en una "misión conjunta" con ribetes de eternidad, los planes están trazados en los libros sagrados desde la primera noche de la creación, y nosotros hemos sido los elegidos para el honor y la gloria. El grupo dueño de las acciones, de los pensamientos y de los sueños; el grupo que avasalla al individuo, y no precisamente por el peso de su número, como suponía Simmel, sino por la naturaleza de los contenidos que se contienen dentro de su estructura.

En el verano de 1954, a unos 350 de Oklahoma City, 22 muchachos de 11 años, sanos, aplicados, de buenas familias, sin problemas de conducta, y con un C.I. superior a la media se preparan para pasar unas semanas en un campamento. La dirección y la coordinación de sus actividades correrá a cargo de un equipo de investigadores bajo la dirección de Muzafer Sherif, quien pretende completar una serie de trabajos iniciados en 1949 sobre cooperación y conflicto entre grupos. En todos ellos se obtienen datos de cómo se las arreglan un conjunto de muchachos de esta edad para constituirse en grupo, qué decisiones toman cuando se tienen que enfrentar en situaciones de competición a otro grupo, y qué pasos es necesario dar para a fin de que los grupos reduzcan el conflicto en el que se han metido. La riqueza de los acontecimientos que definen cada una de estas fases ha constituido desde entonces un marco de referencia inexcusable para los estudiosos del comportamiento grupal. Pero lo que ahora nos interesa es destacar una de las conclusiones: "Si un observador externo hubiera entrado en el campamento después de haber comenzado el conflicto en cualquiera de los tres experimentos, lo único que habría podido concluir observando el comportamiento de los muchachos era que se trataba de jóvenes trastornados, viciosos o dañinos" (Sherif y Sherif, 1975: 240).

El fondo ideológico

Si a cualquiera de estas criaturas se les hubiera preguntado por las razones de ese inesperado cambio en tan corto espacio, posiblemente no hubieran dudado en la respuesta: es que las "Águilas", hubieran dicho los de las "Serpientes", son unos canallas antipáticos, hacen trampas, se creen los mejores, no soportan las derrotas, y así no se puede. Los primeros se hubieran pronunciado en términos idénticos respecto a los segundos. Sherif no tuvo necesidad de preguntárselo; unos y otros se lanzaban continuamente estos improperios contraponiéndolos a lo valientes, simpáticos, fuertes y leales que eran ellos, una manera de concederse un espacio donde hacer descansar la justificación de sus acciones frente a los otros. Bien mirado, éste no deja de ser un ejercicio preñado de candidez que, no obstante, nos ofrece una pauta nada borrosa de la deriva que pueden ir tomando los acontecimientos a medida que vayamos añadiendo ingredientes al contexto. Supongamos que, además de saber que pertenecemos a un grupo, lo hacemos por iniciativa propia, buscada y meditada. Añadamos a ello nuestra identificación con sus objetivos, nuestra

comunidad con los valores que defiende, y nuestra coincidencia con el ideario que lo caracteriza. Supongamos, finalmente, que estamos dentro de un contorno definido por la rigidez burocrática, donde rige, además, una indiscutible verticalidad en la toma de decisiones y en las posiciones de poder, y donde la lealtad es un valor insobornable. En vez de suponer todas estas cosas, Fernando Reinares ha echado una mirada a ETA desde su interior mediante entrevistas a antiguos militantes de la banda terrorista. Cuatro parecen ser los rasgos que distinguen a los "patriotas de la muerte". En primer lugar, la ideología: la militancia en ETA se produce durante la adolescencia y juventud, "habitualmente tras algún tiempo de inmersión en asociaciones ubicadas dentro del sector ideológico del nacionalismo vasco radical" (Reinares, 2001: 32). Después, el odio, "un intenso odio" que se alimenta de datos reales, rumores inciertos, y leyendas indemostrables, que van dejando la marca de un punzón afilado en los dominios de las categorías sociales: la de la despersonalización, primero; la de la deshumanización, después. Las confesiones de alguno de los entrevistados describiendo su primer atentado son estremecedoras: "Ese era un confidente. En aquel momento, o sea, el odio era el que mandaba. O sea, tenía las cosas bastante claras. Yo, después de hacer lo que hacía, me quedaba como un señor y dormía como un rey. O sea, no tenía ningún problema, ninguno" (Reinares, 2001: 131). Entre los nuevos "guerreros de la fe", dice Ali Lmrabet al mirar al 11-M, hay "una hermandad de odio hacia Estados Unidos y sus aliados que tarde o temprano le llevará al sacrificio supremo". Para completar el panorama, Reinares añade la eficacia de la acción armada para la consecución de los objetivos políticos, y el uso de la violencia como instrumento de afirmación identitaria.

La completa abdicación de las convicciones personales, o su puesta en cuarentena como consecuencia de la autoridad, es un hecho que ha dado y seguirá dando mucho de sí, pero quizá no tanto como para anular otras consideraciones. Es posible incluso que tampoco sea el único que debemos tener en cuenta para hacernos una cabal idea del comportamiento de quien inspiró los experimentos de Milgram, Adolf Eichmann, uno de los más siniestros personajes de aquella siniestra historia que fue el Holocausto. Que Eichmann era un hombre obediente y sumiso hasta la abyección queda claro a las primeras de cambio en el libro de Hannah Arendt (1999). Pero además de ello no hay razón alguna para suponer que Eichmann, el teniente Calley, que comandó la masacre de Mai Lai en Vietnam, o el coronel Jaime Flores, que dirigió la salvaje matanza de El Mozote en el Salvador, y tantos y tantos otros sicarios tengan un cuenco vacío como estructura cognoscitiva: vacío y con una pendiente tan pronunciada que sea incapaz de recordar el sufrimiento de las víctimas, retener un hilo de empatía y de misericordia para con ellas, aguantar la mirada inocente de cualquiera de esos jóvenes que perecieron entre los amasijos de hierro el 11-M cuando iban a clase. No resulta fácil hacerse a la idea de tanta oquedad moral como causa del terror⁷; tampoco resulta verosímil, porque cuando éste se produce, se pone en marcha de inmediato la maquinaria de

⁷ Puede haber casos. García Márquez nos habla del famoso narcotraficante colombiano, Pablo Escobar, en unos términos que, desde el punto de vista psicológico, se acercan a la oquedad moral: "La condición más inquietante y devastadora de su personalidad era que carecía por completo de la indulgencia para distinguir entre el bien y el mal" (García Márquez, 1996: 206). Raskolnikov, un soberano personaje de ficción, podría ser otro caso.

legitimación y justificación a fin de sortear los severos interrogantes que se plantean a sus protagonistas, y para superar el aparatoso choque de ideas y sentimientos en el interior de los autores materiales o intelectuales de la masacre. Los victimarios necesitan argumentos para sortear la pesadumbre, el dolor y el sufrimiento de las víctimas inocentes, y para evitar el estallido de su propia conciencia. Cuando habla de los jóvenes sicarios colombianos sobre los que podría recaer sobradamente esta sospecha, García Márquez escribe: "La condición común era el fatalismo absoluto. Sabían que iban a morir jóvenes, lo aceptaban, y solo les importaba vivir el momento. Las disculpas que se daban a sí mismos por su oficio abominable era ayudar a su familia, comprar buena ropa, tener motocicletas, y velar por la felicidad de la madre, que adoraban por encima de todo y por la cual estaban dispuestos a morir" (García Márquez, 1996: 71). Para responder con alguna verosimilitud a los atentados de los trenes de la muerte tenemos la necesidad de ampliar nuestras miras: a la obediencia y la desindividuación hay que añadir la ideología.

En nuestra particular Zona Cero la ideología está lejos de ser una convidada de piedra. Son todavía muchas las incógnitas que rodean a sus protagonistas, pero a las pocas horas balbucieron algo sobre Europa y hablaron de golpear una de las bases de las cruzadas. Poco después, en una grabación de video, nos dieron a conocer sus razones:

"Declaramos nuestra responsabilidad de lo que ha ocurrido en Madrid, justo dos años y medio después de los atentados de Nueva York y Washington. Es una respuesta a vuestra colaboración con los criminales Bush y sus aliados. Esto es como respuesta a los crímenes que habéis causado en el mundo y en concreto en Irak, y en Afganistán, y habrá más si Dios quiere. Vosotros queréis la vida y nosotros queremos la muerte, lo que da un ejemplo de lo que dijo el profeta Mahoma: si no paráis vuestras injusticias la sangre irá más a más y estos atentados son muy poco con lo que podrá ocurrir con lo que llamáis terrorismo"

Con independencia de la credibilidad que se le conceda a este manifiesto, no parece que pueda haber duda de la "carga ideológica" que entraña: justicia-injusticia, muerte-vida, crimen, criminales, venganza, sangre... Todo un arsenal de significados que pretenden cubrir con un manto de legitimidad una acción a todas luces aborrecible. Gilles Kepel, un consumado especialista en Oriente Próximo, se atreve a ir más allá: este atentado forma parte de la *yihad* en Al Andalus, el intento por arrebatarse a los descendientes de los cruzados una tierra que sienten como propia. Un informe de la Comisaría General de Información elaborado antes del 11-M atribuye a esa masa de combatientes desparramados en diversos grupos "una misma enseñanza militar en los campos de entrenamiento militar en Afganistán, Pakistán, Bosnia o Chechenia; una ideología común basada en una concepción radical del islam, y un deseo de venganza hacia Occidente" (Irujo, 2004: 26).

Dejemos a quien corresponda una discusión en profundidad en torno al concepto de ideología, y vayamos a lo concreto. El supuesto de que el 11-M nos remite al desvarío de la mente y a la insidia del corazón de unas cuantas personas dibuja la imagen, a todas luces inaceptable, de un sujeto encapsulado en sus experiencias y recuerdos personales que deambula en un vacío inconcluso desafiando nuestra particular ley de la gravedad: la naturaleza socio-histórica del ser humano, una de cuyas primeras concreciones, sin

que deba ser entendida como condición primigenia, cabría situar en el aserto weberiano de que las conductas y las acciones de las personas llevan enlazadas un sentido⁸; un "sentido subjetivo", dice Weber; un sentido subjetivo que es compartido, añadimos nosotros. El sujeto inserto en una realidad socio-histórica no suele ser solo ni principalmente un autómatas que actúa por resortes provocados por algún detalle del ambiente estimular externo, como un mecano compuesto por un sinfín de piezas perfectamente ensartadas. Sin que esto deba ser descartado de antemano en casos muy concretos, las personas somos, por encima de cualquier otra consideración, portadores de significados, animales a quienes la evolución ha dotado de la sublime capacidad de "signación", que diría Vygotski. De ellos nos servimos de manera primorosa como herramientas en nuestro quehacer cotidiano, los desciframos como expertos hermeneutas, los transmitimos y los legamos a nuestra descendencia, los defendemos como si en ello nos fuera la vida, los asumimos como verdades absolutas, los imponemos sin renunciar al uso de la fuerza en caso necesario. Los mochileros asesinos del 11-M son también todas estas cosas, por mucho que a nosotros nos puedan parecer alimañas carentes de corazón. Sus acciones también están enlazadas a un sentido y tienen un significado que nos supera por los cuatro costados, y que además de no compartir, despreciamos con todas nuestras fuerzas. Pero esto no es ninguna novedad; hay muchas acciones, comportamientos y decisiones que no compartimos, aunque probablemente no haya ninguna que despreciemos tanto como ésta. La novedad consiste en ver el 11-M como una acción que va ligada a un sentido que le concede una cualidad que nos parece asombrosa: la de ser una acción racional, por mucho que ésta se encuentre en las antípodas de todos y cada uno de los supuestos sobre los que acostumbramos a instalar la racionalidad de nuestras acciones.

No ha sido muy propensa a esta posición la Psicología. Amarrada las más de las veces a un alicorto individualismo mecanicista, ha sentido un vértigo estremecido frente a todo aquello que se encuentra en el exterior del individuo. Pero al tiempo, al menos los psicólogos sociales, no hemos dejado de hablar, de estudiar y de investigar las representaciones sociales, las creencias, las actitudes y hasta los valores; es decir, no hemos parado de hablar de ideología y, por si fuera poco, de repetir hasta la extenuación que son las actitudes y las creencias las que nos dan la clave del comportamiento; que éste sigue la senda de aquéllas. Hagámoslo hasta el final llamando a las cosas por su nombre: nos interesa indagar lo que hay de ideológico en el quehacer humano, y definir el comportamiento (la acción) como "la puesta en ejecución de un sentido" (Martín-Baró, 1983: 16), que, como es obvio, nos remite a unos interlocutores, a un contexto, a una determinada realidad, y toda esa cantinela que ya nos sabemos de corrido. Si lo damos por bueno, y no hay razón para lo contrario, este es un principio que valdría tanto para la avanzadilla asesina de Al Qaeda que nos dejó hecha añicos la memoria en la mañana del 11-M, como para

⁸ Es el punto del que parte la obra cumbre de Max Weber: "Por 'acción' debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción *enlacen* a ella un *sentido* subjetivo. La 'acción social', por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de *otros*, orientándose por ésta en su desarrollo" (Weber, M. *Economía y sociedad*. México: F.C.E., 1944: 5).

quienes firman un manifiesto a favor de los derechos de las parejas homosexuales o se oponen por razones educativas o religiosas a ello: todos actúan defendiendo ideas que responden a creencias profundas que, a su vez, siguen la estela de valores que consideran irrenunciables. Otra cosa bien distinta es la legitimidad de esas ideas y de esos valores, las estrategias de que nos valemos para defenderlos, y la positividad o negatividad que encierra cada uno de ellos⁹; pero eso no es lo que tenemos entre manos en este momento. Buscar las relaciones entre el funcionamiento psicológico y los procesos sociales, hemos dicho al comienzo; ahora decimos que la ideología es uno de esos procesos.

Cabe preguntarse si la máxima de la "acción como puesta en práctica de un sentido" tiene validez para la violencia asesina y criminal del terrorismo, y cabe responderse taxativamente que sí; la violencia terrorista tiene un fondo ideológico que la nutre y que la justifica hacia el interior de los sicarios y de sus instigadores. Fue Martín-Baró quien con más convencimiento habló en estos términos. Lo hizo apoyándose en su dilatada experiencia como docente e investigador en El Salvador, un país azotado durante décadas por la violencia bélica, y como persona que sucumbió a ella, en un acto de terrorismo de Estado protagonizado por el ejército salvadoreño, en la madrugada del 16 de noviembre de 1989¹⁰. Le asisten, pues, al bueno de Nacho muchas razones para hablar de violencia política, y a nosotros otras tantas para prestar atención a lo que dice: "La violencia, incluso aquella violencia considerada gratuita, remite a una realidad social configurada por unos intereses de clase de donde surgen valores y racionalizaciones que determinan su justificación" (Martín-Baró, 2003: 87). Obviemos los intereses de clase, comprensibles por lo demás cuando se habla de la violencia en un país como El Salvador a comienzos de los años 80, y quedémonos con los valores que la sustentan, la justificación que la hace posible sin que el actor se quiebre frente a la barbarie que causa, y la racionalidad que la cubre; esos son los ingredientes que construyen el significado de una acción. Ese es el fondo ideológico. A él contribuimos todos, aunque no de la misma manera; contribuimos todos pero no del todo.

Demos por bueno que fue Dios quien dio nombre a los animales, como reza el título de una canción de Bob Dylan, pero ¿quién da el significado a las cosas, especialmente a aquellas que forman la realidad social a la que pertenecemos los unos y los otros? Esa fue una de las preguntas que anduvo rondando George H. Mead y la que le inspiró algunas páginas memorables que no es este el momento de descifrar. Valga por ahora su concisa respuesta: el significado no reside ni en el interior de las cosas ni en el de las personas, sino en el espacio en el que ambas se encuentran, un espacio vivo, interactivo; un espacio compartido y en continuo

⁹ Es Enrique Dussell quien utiliza estos términos para referirse a aquello que posibilita la producción, la reproducción y el desarrollo de la vida humana (positividad), frente a todo aquello que lo dificulta (negatividad) (Dussell, E. *Ética de la liberación*. Madrid: Trotta, 1998: 317). Desde el punto de vista psicosocial, positividad y negatividad nos remiten al concepto de bienestar en su triple acepción física, social y psicológica.

¹⁰ Conviene recordar que en esa acción fueron asesinados por el terrible batallón Atlacatl seis jesuitas (Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Armando López, y Joaquín López y López) y dos empleadas de la UCA, Elba y Celina Ramos, madre e hija.

movimiento cuyo resultado no puede ser otro que el de producir significados comunes. Probablemente sea una respuesta impecable, pero Martín-Baró apunta otra no menos razonable: el poder es la fuente de la que emana el significado, y pone como ejemplo precisamente el terrorismo. Junto al poder, los medios de comunicación; unas veces como soporte y como aval, otras para plantarle cara. En situaciones de violencia encarnizada, la unión de poder y medios de comunicación, dice Martín-Baró, se salda con la mentira institucionalizada, esa que nos azotó de manera inmisericorde durante aquellos cuatro días de marzo. El encubrimiento o la tergiversación de la realidad es un componente del fondo ideológico que a la ocultación, distorsión o manipulación de los hechos para favorecer intereses de parte (abominables en algunos casos), une la tergiversación moral y la difamación de quienes ponen en tela de juicio la verdad oficial. Es precisamente aquí, en el contrato que firman el poder y los medios, donde cobra realidad ese principio aparentemente vago de enlazar sentidos, significados, intenciones y atribuciones a las acciones: a las propias y a las ajenas, a las de los nuestros y a las de los otros, a las del gobierno y a las de la oposición.

Inquieta la racionalidad de la violencia, inquieta la racionalidad del terror, inquieta la racionalidad de la guerra preventiva. Todas sacuden los cimientos de nuestro bien ganado equilibrio cognoscitivo, todas son abominables, y todas tienen sus fundamentos reciamente definidos, entre otras razones, porque comparten un principio que entienden inapelable: su valor instrumental¹¹; la sospecha de que la violencia se convierte en la herramienta más cualificada para la consecución de determinados objetivos, y la convicción de que, en determinados momentos, es la única que los puede garantizar. Dejemos al margen de qué objetivos estamos hablando, quién es el encargado de definirlos, y dónde los aplica, y digamos que el valor instrumental de la violencia como argumento¹² hay que someterlo a las pruebas del aprendizaje vicario, de la polarización social, y de la reproducción del orden social, que no deja de ser una extensión hacia lo social del aprendizaje por imitación que llevamos a cabo a título individual. Estos argumentos (y no están todos) coinciden en un extremo: si los actos de violencia se refuerzan, acaban por aprenderse, y es muy probable que entren a formar parte del bagaje conductual que manejamos en nuestra vida cotidiana. Cuando la violencia se ejerce al amparo de la razón instrumental (para solucionar un problema) necesitamos un aparato de legitimación que le conceda un barniz de moralidad y nos distancie emocionalmente de las víctimas, lo que no es sino el primer paso para considerarla como un acto puramente administrativo. Con ello, estamos abriendo de par en par las puertas a su institucionalización, a su "burocratización", a que la violencia, el

¹¹ Hablando de los "patriotas de la muerte", dice Fernando Reinares que quienes militaron en ETA "... habían llegado también al convencimiento de que la violencia era un método eficaz y hasta imprescindible para conseguir objetivos políticos, en concreto el de la independencia" (Reinares, 2001: 85).

¹² "La elección tan persistente y a todos los niveles de la violencia como forma preferida de comportamiento se debe a una razón muy sencilla: es eficaz. En otras palabras, con la violencia se consigue en nuestra sociedad lo que al parecer no se puede conseguir por otros medios. Por tanto, puede que la violencia no sea muy racional en muchos casos, pero ciertamente es útil en casi todos" (Martín-Baró, 2003: 170).

terror o la guerra pasen a formar parte de una estructura social en la que encuentran una perfecta cobertura bajo la excusa de que el orden social que estamos defendiendo es el "orden natural" de las cosas, bien porque así lo ha dicho algún dios, bien porque así está escrito en algún libro sagrado, bien porque he sido yo quien ha ganado las elecciones, o porque así han sido y son las cosas. De hecho, cuando se enfila alguno de estos tres túneles, se hace, dicen sus ideólogos, por razones quirúrgicas, respondiendo con toda exquisitez a los requerimientos de los principios morales, ya que sólo se actúa contra los "enemigos". En la defensa legítima de valores indomables en los que resulta inconcebible no estar de acuerdo, tiene perfecta cabida enfrentarse férreamente a quienes nos los quieren arrebatarse, luchar a quienes los desprecian, o atacar sin piedad contra quienes los ponen en peligro. Una espiral endiablada que acaba haciendo normal lo insólito.

La construcción de la imagen del enemigo y la subsiguiente carga de odio hacia él, es, posiblemente, el paso psicológico más concluyente para la justificación del terror, el eslabón que cierra la cadena de su racionalidad; muchas veces, en verdad, constituye el único elemento de dicho eslabón. En ella se dan cita la polarización, ("nosotros" y "ellos"), la supresión de matices cromáticos transformando la realidad en un campo de batalla de "buenos" contra "malos", la simplificación en categorías estereotípicas llenas de rigidez, la imposición de los significados por parte del poder, la mentira elevada a categoría de institución, la propaganda manipuladora, la humillación y la deshumanización de las víctimas: todo vale contra el enemigo. El sentimiento de sentirse humillado es un tema central en los conflictos armados: ese es el argumento de la tesis doctoral defendida el 31 de octubre de 2000 por Evelin Lindner en la Universidad de Oslo. La primera hipótesis que maneja esta intrépida investigadora es la de que "en la mayoría de las culturas los sentimientos de humillación son un componente central en los conflictos violentos" (Lindner, 2000: 33). Humillar es debilitar violentamente a una persona o a un grupo, usar la fuerza para rebajarlo, para dañar su orgullo y su dignidad, tratarlo de manera degradante. Ponerlo siempre de espaldas, mirando a la pared, sin concederle un respiro. Y es algo más: humillar es crear un estado de opinión aupado en la demonización de los otros, es etiquetar sin conocimiento de causa, es escindir, es separar de los beneficios y del bienestar a los "enemigos", es el agravio permanente y caprichoso. En todo este proceso, dice Lindner, los creadores de opinión juegan un papel decisivo.

A partir de estas consideraciones cabe hablar directamente y sin excusas de una patología grupal, de grupos y colectivos cuyo sistema de valores, cuyas creencias, cuyo estilo de liderazgo, cuyo clima grupal, cuyas normas y cuyos roles abren de par en par las puertas a la barbarie. La enajenación mental no es un estado que solo pueda ser atribuido a las personas; también se puede aplicar, y con la misma contundencia, a determinados núcleos y colectivos sociales. A veces, muchas más de las que nos gustaría, la consoladora enajenación personal es sencillamente el alargamiento de un desvarío que se sitúa fuera de las fronteras que limitan cada uno de nuestros cuerpos. Jamal Amiar, director del semanario *Les Nouvelles du Nord*, de Tánger advierte: "Una situación social desastrosa, escasas perspectivas de mejora, una opinión pública que se considera humillada y una religión a la que se hacen interpretaciones extremistas son los ingredientes que generan esos individuos" (Cembrero, 2004: 28). Una apretada enumeración de las condiciones para la patología grupal.

Con una envidiable experiencia clínica y terapéutica de más de treinta años en el campo de la Psicología, Aron Beck ha hecho un meritorio esfuerzo por acercarse a algunas de las consideraciones que hemos venido manejando. Cuando compara los rasgos de un "grupo extremista" (esa es su denominación) con los de las personas psicológicamente perturbadas, encuentra una parecida "alucinación paranoica" en ambos cuyas características cifra en las siguientes: a) la imagen de un enemigo instalado en un permanente complot contra nosotros, y contra el que, naturalmente, hay que defenderse y al que, si fuera posible, hay que adelantarse, por aquello de que el da primero, da dos veces; b) una confianza sin fisuras en sus creencias, por muy pomposas que estas puedan ser, y en su concepción del mundo; c) un sentimiento invulnerabilidad capaz de soportar cualquier prueba, y d) una imagen de sí mismo y de sí mismos como gente buena, honrada e intrínsecamente ética que persiguen el bien y están llamados a una monumental tarea mesiánica (Beck, 2003: 261). He aquí un apretado diagnóstico de la patología grupal.

Ni mucho menos deja de ser curioso que todos estos, además de otros, son los rasgos que atribuimos al pensamiento grupal, un fenómeno que Irvin Janis aplica con toda solvencia a situaciones en las que está presente el conflicto político. Bahía de Cochinos, escalada en la guerra de Corea, guerra de los seis días en Oriente Próximo, son, entre otros, ejemplos de decisiones tomadas al amparo de un síndrome que tiene en la conformidad su punto de partida, en una disparatada decisión (la acción violenta criminal, por ejemplo) el de llegada y en el liderazgo, la sumisión, y la cohesión sus eslabones intermedios: "El pensamiento grupal se refiere al deterioro de la eficiencia mental, del análisis de la realidad, y del juicio moral resultante de las presiones emanadas del endogrupo" (Janis, 1982: 9). Cuando el grupo se erige en la norma y en la excusa de nuestra vida, en el aliciente de nuestra existencia, y se convierte en el alimento fundamental de nuestra auto-estima; cuando de pronto algún líder carismático o algún Dios se pone, o lo ponemos, de nuestra parte haciéndonos invencibles, y se toma la molestia de guiar nuestra mente en la búsqueda de la verdad absoluta señalándonos cuál es el camino inequívoco para vencer al Maligno, y todos nos ponemos unánimemente y al unísono a sus pies, la barbarie está servida en bandeja de plata.

Este va a ser nuestro argumento final, pero bien podría haber sido el inicial. En todo caso, el 11-M nos ha colocado frente a un reto que desafía las estrategias acomodaticias del conocimiento, y nos sitúa en el epicentro de uno de los grandes interrogantes: el de seguir buscando, con Malraux, esa región crucial del alma donde el mal absoluto se opone a la fraternidad. La apuesta que hemos dejado esbozada huye de los manidos superegos criminales, de los traumas en el destete infantil, de los complejos alcanforados que guardamos en las viejas cómodas de nuestras abuelas, de las desviaciones sexuales que solo tienen satisfacción en el sufrimiento ajeno. El mal radical tiene sus raíces fuera del individuo psicológico. Parece que fue Nietzsche quien dijo aquello de que todo lo que el hombre ha hecho de bueno, lo ha hecho sólo, y que toda la maldad la ha hecho en grupo. Da la impresión de que no le falta razón.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDRT, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.

ARRIBAS, C. *El horror es el silencio de un tren*. "El País-Domingo", 14/03/2004.

BAUMAN, Z. *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Ediciones Sequitur, 1997.

BECK, A. *Prisioneros del odio*. Barcelona: Paidós, 2003.

CASTELLS, M. *La era de la información. Vol 1. La sociedad red*. Madrid: Alianza, 1997.

CEMBRERO, I. *El auge del integrismo en Tánger*. "El País", 23/03/2004.

GARCÍA MÁRQUEZ, G. *Noticia de un secuestro*. Barcelona: Mondadori, 1996.

IRUJO, J.M^a. *Los autores intelectuales del 11-M*. "El País", 28/03/2004.

JANIS, I. *Groupthink. Psychological Studies of Policy Decisions and Fiascos*. Boston: Houghton Mifflin, 1982.

KELMAN, H., y HAMILTON, L. *Crimes of Obedience. Toward a Social Psychology of Authority and Responsibility*. New Haven: Yale University Press, 1989.

KEPEL, G. *La 'yihad' de Al Andalus*. "El País", 18/03/2004.

LINDNER, E. *The Psychology of Humiliation. Somalia, Rwanda/Burundi, and Hitler's Germany*. Universidad de Oslo: Departamento de Psicología, 2000.

LMRABET, A. *Los asesinos árabes, vascos, irlandeses, asiáticos... coinciden en campos del Líbano*. "El Mundo", 14/03/2004.

LORIGA, R. *Después del dolor*. "El País" 14/03/2004.

MARTÍN-BARÓ, I. *Acción e ideología*. San Salvador: UCA Editores, 1983.

MARTÍN-BARÓ, I. *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta, 2003.

MILGRAM, S. *Obediencia a la autoridad*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1980.

REINARES, F. *Patriotas de la muerte*. Madrid: Tusquets, 2000.

SHERIF, M., Y SHERIF, C. *Psicología social*. Buenos Aires: Harla, 1975.

TAJFEL, H. *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder, 1984.

TRAVERSO, E. *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona: Herder, 2001.

ZIMBARDO, P., HANEY, C., BANKS, W., Y JAFFE, D. La Psicología del encarcelamiento: privación, poder y patología. *Revista de Psicología Social*, 1986, 1, 95-105.

ZIMBARDO, P. A Situationist Perspective on the Psychology of Evil: Understanding How Good People Are Transformed into Perpetrators. En A. Miller (Ed.), *The social psychology of good and evil: Understanding our capacity for kindness and cruelty*. Nueva York: Guilford, 2004.